

*La gnosis como imaginación**

Fernando Castanedo

El último libro de Harold Bloom, *Presarios del milenio*, es un libro religioso. Aunque este profesor de la universidad de Yale sea más conocido por sus obras de crítica literaria —en España recibió mucha atención *El canon occidental* (1994)—, Bloom ya había dado cuenta de sus inquietudes espirituales en otras ocasiones. Cabe recordar títulos como *The Strong Light of the Canonical* (1987), *Poesía y creencia* (1989), *El libro de J.* (1990) o *The American Religion* (1992).

En estas cuatro obras Bloom sostenía diferentes tesis. En *The Strong Light of the Canonical* afirmaba que las religiones normativas enmascaran los cambios que sufren para así conservar su aparente inmovilismo —y retener el prestigio que conlleva perpetuarse sin cambiar—. En la segunda equiparaba la literatura a las creencias religiosas, y denunciaba la división de textos literarios en sagrados y seculares. En el *Libro de J.* proponía que la veta denominada yahvista o J. del Pentateuco fue compuesta por una aristócrata de la corte de Salomón. Esta señora, además, no tendría intenciones religiosas, sino el simple propósito de deleitar con sus repre-

* Harold Bloom, *Presarios del milenio*, Barcelona, Anagrama, 1997.

La balsa de la Medusa, 43, 1997.

sentaciones. Por fin, en *The American Religion*, Bloom sostuvo que todas las religiones nacidas y criadas en los Estados Unidos comparten una esencia común, y que ésta es un tipo de gnosis.

Con estas alforjas nadie se sorprenderá de que Harold Bloom haya escrito un libro como *Presarios del milenio*. En esta ocasión Bloom se propone testimoniar y reivindicar su religión personal, al tiempo que divulga las tradiciones con que se identifica y sus características principales.

Su religión personal es, claro está, una gnosis. Las tradiciones con que se identifica son tres: la cábala judía, la teosofía sufí y el gnosticismo. Para mostrar sus características principales Bloom se sirve de cuatro tendencias espirituales que están de moda entre los seguidores de la *New Age*, especialmente en los Estados Unidos: la veneración de los ángeles; la creencia en el carácter profético de los sueños; la certeza de que hay vida más allá de la muerte; y, finalmente, el milenarismo.

Pero vayamos por partes. Bloom dice reivindicar la gnosis como tradición oculta que siempre ha pervivido a la sombra de las religiones institucionales, que la condenaban por herética. Parece que aquí opera un afán de novedad que se materializa en el rechazo de las religiones ortodoxas y la adopción de una tradición minoritaria y esotérica, como es la gnosis en cualquiera de sus ramificaciones. Esta sospecha se confirma poco después, cuando Bloom sostiene que su gnosis cumple un papel análogo al de la imaginación poética después de la Ilustración. Aunque no defina la función de

esta facultad, es bien sabido que la imaginación fue el concepto fetiche que enarbolaron los románticos para avalar su ruptura consciente con la autoridad del pasado. De este modo, además, Bloom enlaza con su propia obsesión como crítico literario del Romanticismo: la influencia. Parece que Bloom busca sustraerse a la influencia del judaísmo ortodoxo, la religión institucional en que nació.

El segundo propósito de Bloom era divulgar las tradiciones con las que identifica su gnosis. De las tres mencionadas, a saber, el gnosticismo del siglo II d.C., el sufismo chiita y la cábala, la que mayor atención recibe es la tercera. Que al gnosticismo y al sufismo presta más bien poca atención es evidente por la confusión terminológica que se produce a lo largo de todo el ensayo. Me refiero al uso de los términos *gnosis* y *gnosticismo*. Desde que en 1966 se reunió en Mesina un grupo de investigadores es convención utilizar *gnosis* para referirse al «conocimiento de los misterios divinos reservado a una élite». También se decidió restringir el término *gnosticismo* para hacer referencia a las sectas del siglo II d.C., que presentan una serie de características comunes que difieren de la gnosis bíblica e islámica. Pues bien, Bloom llama gnosticismo al credo de los sufíes musulmanes, a la doctrina que expone en su sermón final, al judaísmo ortodoxo y a la gnosis tal y como ha sido definida antes. Vamos, que termina por parecer que todo el monte es orégano.

Pero la mayor parte del libro no está dedicada ni a reivindicar una antigua tradición oculta ni a documentar sus orígenes en las heterodo-

xias de las tres religiones monoteístas de Occidente ni, tampoco, a persuadirnos de sus bondades. Bloom consagra más de la mitad del volumen a exponer las creencias populares de hoy en día sobre los ángeles, los sueños, las experiencias de la muerte y el milenarismo. Y lo hace con el aval de que algunas características de su gnosis se solapan con estas creencias. Sin embargo, termina prestando más atención a desvelar los orígenes y filiación de estos cultos que a relacionarlos con su propuesta. ¿Por qué? De acuerdo con Bloom el entusiasmo que provocan estos fenómenos responde a una misma causa; y esta causa no es otra que la modalidad americana de gnosis, de conocimiento. Es decir, que de acuerdo con Bloom las cuatro creencias son esencialmente gnósticas.

Ahora bien, la verdadera exposición de su gnosis no llega hasta el sermón gnóstico del final. Sin lugar a dudas se trata del capítulo más interesante de todo el libro. En él Bloom explica sus postulados fundamentales siguiendo un bello credo gnóstico del siglo II. Recurriendo a las ideas de Valentín, el primer mistagogo y fundador de la rama más importante del gnosticismo, explica el valor redentor del *conocimiento*.

¿Conocimiento de qué? En primer lugar conocimiento de que en otro tiempo fuimos sólo divinos, fuimos sólo *pneûma* o soplo divino, aunque ahora participemos también del atributo de humanidad. En segundo lugar conocimiento de que nos hallamos en el *kenoma*, o vacío cosmológico, por las malas artes de unos ángeles hostiles llamados arcontes, príncipes de nuestra cautividad.

Conocimiento, tercero, de que en otro momento habitamos el *pleroma*, un lugar de paz y éxtasis, y de que hemos sido arrojados aquí. Sabiduría de que nuestra propia alma corporal o *psyché* es la culpable de nuestra caída a este sitio y, por tanto, de la degradación de la divinidad que habita en nosotros —nuestro *peûma* es divino, no conviene olvidarlo—. En quinto lugar conocimiento de que el Dios que observan los demás es una «pobre ruina deshumanizada». Sabiduría de que nacer es en realidad nacer al conocimiento de que no nacemos, de que lo más antiguo, lo mejor y lo esencial de nosotros mismos, nuestros *pneûmas* o centellas divinas, nunca nacieron; y conocimiento de que renacer no puede ser más que reintegrarnos al *pleroma* que hemos habitado con anterioridad. La resurrección, entonces, precede a la muerte, en el sentido de que resucitamos al sabernos anteriores y posteriores a la existencia de esta *psyché* o alma mortal a la que nuestros *pneûmas* se ven atados.

La gnosis, en resumen, es un esoterismo que propugna la exploración y el descubrimiento del dios que hay en cada uno de nosotros. Es importantísimo insistir en que es la *gnosis*, el hecho mismo de conocer, lo que redime. Porque Bloom, con una osadía temeraria, incorpora a su gnosis una innovación del todo imposible. Su argumento es el siguiente: puesto que las creencias populares sobre los ángeles, los sueños, las experiencias de la muerte y el milenarismo se revelan como características gnósticas, quienes las profesan son también gnósticos aunque no lo sepan. ¿Cómo se puede ser al mismo tiempo gnóstico e

ignorar que es tal cosa? Bloom no añade nada que permita aclarar esta paradoja.

Y así, poco a poco, se va vislumbrando los enormes problemas que encierra esta gnosis. Porque otro de los atributos esenciales de cualquier gnosis es su esoterismo. Y qué menos esotérico que una creencia divulgada en un libro con una tirada de decenas de miles de ejemplares.

Parece claro que Bloom narra la parte que le interesa, y que no es otra que la más accesible. Se basa en los escritos del gnóstico Valentín para resumir las ideas más sencillas y reconoce que hasta éstas son difícilmente conciliables en muchos casos. Por ejemplo: la existencia de una divinidad no sólo escindida y degradada, sino también dispersa en miríadas de *pneûmas*; que la creación esté en manos de un demiurgo esencialmente maligno; la divinidad reducida a un mero concepto sin atributos específicos; la duplicidad espiritual de *pneûma* y *psyché*, etc.

Pero si por un momento dejamos de lado que Bloom ignora la esencia esotérica de la gnosis y de los gnosticismos, si pasamos por alto las contradicciones difícilmente salvables en que incurren muchos de sus «conocimientos», aun así no podemos soslayar las complejidades reales de todas las herejías gnósticas.

A este respecto cabe recordar, por ejemplo, que los valentinianos establecían tres clases de hombres: terrenales, psíquicos y espirituales, cada uno de los cuales encontraba su correspondencia en las figuras de Caín, Set y Abel, respectivamente. Y del mismo modo sostenían la existen-

cia de tres sustancias –las mismas que definían a los tipos de hombre– frente a la salvación, y no las cuatro que Bloom toma del sufismo. Por fin, no se olvide que Valentín creó un enredo de tono platónico que merece la pena traer a colación:

Había un Eón perfecto, supraexistente, que vivía en alturas invisibles e innominales. Se llama Pre-Principio, Pre-Padre y Abismo, y es inabarcable en su manera de ser e invisible, sempiterno e ingénito. Vivió infinitos siglos en magna paz y soledad. Con él vivía también Pensamiento, a quien se denomina asimismo Gracia y Silencio.

(...) Estos eones, emitidos para gloria del Padre, queriendo también a su propia manera glorificar al Padre, emitieron emisiones en conyugio. El Logos y la Vida, después de emitir al Hombre y a la Iglesia, emitieron a otros diez eones, cuyos nombres son los siguientes: Profundo y Mezcla, Inmarcesible y Unión, Genuino y Placer, Inmóvil y Comunión, Unigénito y Beata. Estos son los diez eones que fueron emanados por Logos y Vida. Por su parte, el Hombre, en unión con la Iglesia, emitió doce eones, que recibieron los nombres siguientes: Paráclito y Fe, Paternal y Esperanza, Maternal y Caridad, Intelecto Perdurable y Entendimiento, Eclesial y Beatitud, Deseado y Sabiduría.

Este testimonio sirve para hacerse una idea del cacao que acarreaban los gnósticos cristianos. Ireneo de Lyon no podía evitar la ironía al describir estos batiburrillos de los valentinianos:

¡Ah!, ¡ah! ¡Ay!, ¡ay! Bien hacen al caso estas exclamaciones trágicas ante tamaña fabricación de nombres, ante tanta audacia. Sin rubor alguno va colocando nombres a sus invenciones, ... ¡Cómo sin su audacia la verdad anduviera todavía sin nombre! Pues bien, nada impide que otro inventor, a vueltas con el mismo tema, aporte las siguientes definiciones: existe un cierto Pre-Principio real, pre-inconsistente, pre-insustancial y pre-pre redondeado, al que llamaré Calabaza. Con esta Calabaza coexiste una potencia a la que llamaré Supervacuidad. Esa Calabaza y esta Supervacuidad, siendo uno, emitieron, sin emitir, un fruto completamente visible, comestible y dulzón, fruto que el lenguaje llama Pepino. Con este Pepino coexiste una potencia de su misma sustancia, a la que llamaré Melón. Estas potencias, a saber, Calabaza, Supervacuidad, Pepino y Melón, emitieron a todos los demás melones delirantes de Valentín. (*Contra las herejías*, I, 11, 4).

Es bien cierto que Bloom no ha ido tan lejos, pero claro, al dejar tan sólo levemente esbozado el cimiento

de su gnosis posmoderna, quedan sin solución todas las incoherencias sustanciales que enumeré. Es cierto que Bloom afirmaba desde el principio que pretendía huir de la erudición, y se atiene a ello, tal vez con demasiado entusiasmo. Aunque con ello gane en elocuencia, pierde en profundidad.

Bloom pretende despertar a la gnosis a los que creen en los ángeles, las experiencias cercanas a la muerte, los sueños proféticos y la llegada del milenio, pero también dice dirigirse a «los que carecen de Iglesia, a todos aquellos que buscan algo, a los que son demasiado lúcidos y espiritualmente maduros como para conformarse con los juguetes de la Nueva Era y Woodstock». A primera vista su versión *ad usum Delphini* de la gnosis es tremendamente seductora. No en vano sostiene Bloom lo difícil que resulta para la humanidad creer en el Dios de las tres grandes ortodoxias monoteístas en un siglo que ha producido el holocausto, el sida, etc.

Este argumento le valdrá muchos adeptos entre quienes olvidan que en términos teológicos Dios no es un padre de la era sentimental, sino tal vez el personaje de ficción más popular de la historia humana y que, en su versión más extendida, nos hizo libres para elegir: nos dio libertad.

Si la gente está dispuesta a albergar estas creencias es porque está harta del culto a un individualismo extremo que conduce al aislamiento espiritual. Éste para muchos se hace insostenible. Con más razón en los Estados Unidos, donde los vínculos familiares y telúricos son muy endeble. Para contrarrestar esta sensación

de abandono, de soledad, la Nueva Era propone formas de comunión ligadas a liturgias comunales de todo tipo: desde las sectas que se suicidan en grupo con la esperanza de despertar en el cometa Hale-Bop antes de que llegue el final de los tiempos, hasta quienes se reúnen en una iglesia de la calle Arlington, en Boston (Massachusetts), y piden perdón a los morenos presentes por la esclavitud a que les sometieron sus antepasados (cosa cuando menos extraña, ya que la mayoría de los penitentes son de *segunda generación*, es decir, son hijos de inmigrantes nacidos en otros países y, por tanto, sus antepasados no tuvieron ni arte ni parte en el sistema esclavista de la Unión).

La gnosis de Bloom, en este sentido, no llena el hueco que los estadounidenses quieren cubrir: no propone un ritual ni una liturgia. Al contrario, predica la soledad y la confianza en sí mismo de Emerson, el polo opuesto a lo que parecen ser las necesidades de gran parte de la clase media norteamericana que, como señala el autor, es la que cree en los ángeles, en el advenimiento del milenio, en las experiencias próximas a la muerte y en el carácter profético de los sueños.

Bloom probablemente cifra su mérito en enfrentarse a las religiones institucionales. Y a este respecto cumple. Es, al fin y al cabo, el expediente que la fortuna tiene reservado a todos los hijos del romanticismo, a todos los adoradores de la imaginación, y cuyo emblema William Blake acuñó como nadie: «Debo crear un sistema o verme esclavizado por el de otro».